

bajo vuestro pontificado, y por los que debemos alabarle.—dice una dedicatoria de aquel tiempo á Paulo II, soberano pontífice,—se cuenta este invento que permite á los más pobres comprar bibliotecas á bajo precio. ¿No es altamente glorioso para Vuestra Santidad que volúmenes que ántes costaban cien piezas de oro, no cuesten hoy más que cuatro y á veces ménos, y que los frutos del genio, presa en otro tiempo de los gusanos bajo el polvo en que quedaban sepultados, comiencen bajo vuestro reinado á resucitar y á extenderse con profusion sobre la tierra?»

La ciudad de Venecia prestó muy pronto sus preces á las controversias religiosas, imprimiéndose en lengua slava las obras de Juan Hus en 1490, veinte años apénas despues de la muerte de Guttenberg.

Francia habia invitado en 1480 á los impresores alemanes á establecerse en Paris, distinguiéndose muy especialmente Luis XI por la cordial acogida que otorgó á la tipografía y la generosa proteccion que dispensó al nuevo arte.

En Paris se intentó un proceso contra Fausto por haber vendido Biblias impresas adornadas con viñetas, como manuscritas, á precios exorbitantes, y existe un recibo firmado de su mano en Paris en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido en el enorme precio de quince escudos de oro.

El Parlamento de Paris absolvió á Fausto, por indicacion de Luis XI, atendiendo á que aquellos libros eran producto de un invento nuevo desconocido aún en Francia. El mismo Rey desistió de sus derechos de fisco con ocasion de la muerte de Herman Statters, que vendía en Paris libros impresos por Schœffer, los cuales, segun las leyes de aquel

tiempo, eran propiedad de la Corona, por muerto de extranjero.

«Considerando—dice la ordenanza—la utilidad que obtiene y puede obtener la cosa pública del arte de la imprenta, tanto por el aumento de la ciencia como por otras causas, etc., etc., hemos condescendido liberalmente en hacer restituir la cantidad de 2.428 escudos y 3 reales torneses á los herederos, etc...»

Despues de los libros sagrados, el primero que se imprimió contenia las obras de Ciceron; no pensándose hasta el tiempo de León X, es decir, un siglo despues del invento de Guttenberg, en reglamentar y encadenar la imprenta.

XIX.

El banquero Fausto y el artesano Schœffer, los nuevos colaboradores de Guttenberg, no tardaron en sucumbir como Mentel ó Montelin en Strasburgo á la tentación de apropiarse insensiblemente su gloria, su propiedad más halagüeña, porque es la inmortalidad, esperando, como tantos otros, engañar á lo porvenir, si no conseguían engañar al presente.

Despues de haber reconocido en una epístola dedicatoria del Tito Livio, traducido al alemán, impreso por Juan Schœffer, y dedicado al emperador Maximiliano, «que el arte de la imprenta habia sido inventado en Maguncia por el sublime mecánico Juan de Guttenberg,» olvidaron esta confesion, y siete años despues usurparon para sí mismos todo el mérito y honor del descubrimiento.

Poco tiempo despues, el emperador Maximiliano,

asimilando los impresores y compositores á una especie de sacerdocio del espíritu, les indultó de toda derogación de nobleza atendiendo á la excelencia del oficio, ennobleciendo en masa al arte y los artistas; autorizóles á llevar vestidos bordados de oro y plata, que solamente los nobles tenían derecho á usar, y les dió por blason un águila con las alas desplegadas sobre el globo, símbolo del vuelo y conquista de la palabra escrita sobre el universo.

XX.

Pero Gutenberg no pertenecía ya á la tierra, y no pudo por tanto gozar de aquella posesión del mundo intelectual, religioso y político que solamente había entrevisto, como Moisés, desde lo alto de sus visiones en el ensueño del monasterio de San Arbogasto.

Habiéndole despojado sus colaboradores de su propiedad y de su gloria, arrojándole la miseria por última vez de su patria, siguiéndole y consolándole solamente su amante esposa, fiel compañera en todas sus vicisitudes, privado de sus hijos por la muerte, viejo ya, sin pan y poco después sin familia por el fallecimiento de Aneta, recogióle el generoso Adolfo, Elector de Nassau, quien le nombró consejero de Estado y chambelán, con objeto de gozar en honrosa familiaridad de la conversación de aquel maravilloso genio que, más adelante, había de departir con todos los tiempos y países.

Perpétuamente ilustrará á Nassau y á su príncipe el asilo otorgado á Gutenberg: hospitalidades refiere la historia que han dado la inmortalidad á los

príncipes ménos importantes y á los Estados más pequeños.

Gutenberg continuó imprimiendo con sus propias manos en Nassau, á la vista del Elector, que era su Mecenaz, durante algunos años de paz y tranquilidad; pero murió á los sesenta y cuatro de edad, no dejando herencia alguna á su hermana, pero dejando al mundo el imperio del espíritu humano descubierto y conquistado por un artesano.

«Lego á mi hermana—dice en su testamento—todos los libros que imprimí en el monasterio de San Arbogasto.»

¡Pobre inventor que solamente podía legar á la que le sobrevivía la riqueza de casi todos los inventores como él, su juventud consumida, sus persecuciones, su nombre desconocido, sus trabajos, sus insomnios y el olvido de sus contemporáneos!

XXI.

Así vivió y murió aquel grande hombre, pero su arte no murió con él.

Después de su muerte se propagó la imprenta con la instantaneidad de la explosión.

En pocos años hubo prensas en todas las capitales de Europa.

Aquella fué la fecha de la civilización renacimiento é indefinida.

Francia, bajo el reinado de Luis XI, Inglaterra, Holanda, Alemania, Venecia, Génova, Roma, Polonia, se apoderaron á porfía del nuevo invento para multiplicar sus libros sagrados y profanos.

Los judíos que residían en Constantinopla imprí-

interon en el año 1300 tratados de literatura rabínica, dando á conocer el nuevo arte en Oriente.

Pero hasta el siglo diez y ocho próximamente no se sirvieron de él por sí mismos los musulmanes.

En fin, Rusia estableció en 1500 una imprenta en Moscou, bajo la inspeccion del metropolitano, sirviéndose de operarios procedentes de Magdeburgo.

XXII.

Dírase que la humanidad ha de pagar con lágrimas sus progresos, y que el sufrimiento es ley fatal de todo grande adelanto.

La imprenta tuvo sus apóstoles y tuvo tambien sus mártires, entre los que descuella Estéban Dolet por el brillo de su talento, la pureza de sus costumbres y la atrocidad de su suplicio.

Estéban Dolet nació en Lyon en 1509, en la época en que comenzaba el renacimiento intelectual y literario, y cuando iban á comenzar tambien sus primeras luchas las controversias religiosas. Dolet era sabio como Guillermo Budé, poeta como Marot, y tal vez filósofo como Rabelais, pero sin mezclar á su filosofía el licencioso escepticismo del cura de Meudon. Puede hacerlo creer así la circunstancia de que aquel hombre ardiente y fogoso, que no ocultaba sus opiniones, que habia tomado por armas parlantes y simbolo de la accion de la imprenta un hacha ó dola atacando á un árbol nudoso, protestaba contra las doctrinas de Lutero, á pesar de haber sido condenado como ateo. A lo que parece, sus adversarios querian ahogar en él el raciocinio, y el hombre más bien que las creencias.

En aquel tiempo de pasiones y costumbres vio-

lentas, la vida de aquellos que consagraban sus fuerzas al desarrollo de la inteligencia humana, era una larga lucha en la que tarde ó temprano era preciso sucumbir.

Estudiante sucesivamente en Paris y Padua, secretario de Juan de Lanzeac, embajador del rey de Francia en Venecia, estudiante de derecho en la facultad de Tolosa, apénas tenia veinticuatro años Estéban Dolet, cuando por último argumento de sus discusiones, sus enemigos le hacian encerrar en un calabozo, de que le sacó en seguida la intercesion de Juan Pinus, obispo de Rieux. Asesinos pagados pusieron entónces asechanzas á su vida, y como á pesar de los peligros el intrépido jóven no abandonaba Tolosa, se consiguió un decreto del Parlamento para desterrarle (1533).

Entónces regresó Dolet á Lyon, donde despues de grandes esfuerzos obtuvo privilegio para imprimir sus *Comentarios de la lengua latina* (1555), obra de inmensa erudicion, que le pone al nivel de los Bembo, de los Scaliger y de los Erasmo, llevándole á mantener brillante plaza en el torneo abierto entónces sobre Ciceron.

Tan hermosos estudios quedaron interrumpidos por una tentativa de asesinato contra Dolet, quien mató valientemente á su agresor. Excelente pretexto fué este para los adversarios que ansiaban su pérdida, y le encarcelaron como asesino, siendo necesario para sacarle de la prision nada mónicos que la voluntad absoluta de Francisco I, interesado en favor de Dolet, primero por su talento, y además, segun se cree, por la proteccion que le dispensaba la reina de Navarra. La munificencia real dió al sabio perseguido el título de impresor más extenso que se conocia entónces, como para indemnizarle en

lo posible de sus inmerecidos padecimientos (1537).

Desde aquella época salieron sucesivamente de las prensas de Dolet las obras de Marot y Rabelais, publicando además anualmente sus propias obras y los libros más ilustres de la antigüedad. Nuevas persecuciones vinieron en 1542 á interrumpir sus trabajos, quedando encerrado durante quince meses en la Conserjería de París, en virtud de varias acusaciones de herejía.

Ya no era jóven Francisco I y había calmado su ardimiento en la protección de las letras. Un buen libro, una obra de arte, no bastaba ya para proteger á un artista contra sus fanáticos consejeros.

Roberto Etienne y Marot habían abandonado la Francia.

Tranquilo en su conciencia y aventurero siempre, Dolet no quiso imitarles.

En vano hacía quemar sus libros el Parlamento de París despues de haber tenido que absolverle en vista de la evidente nulidad de las acusaciones que le dirigian: no por esto abandonaba la lucha, y el escritor vengaba al librero.

De regreso en Lyon, publicó poemas sobre su cautiverio, y una traducción de los *Diálogos* de Platon. Tanta energía había de serle funesta al fin.

Aprisionáronle de nuevo en 1544, y desconfiando ahora de la imparcialidad de sus jueces, consiguió evadirse y refugiarse en el Piamonte. Pero el amor de su arte le trajo en seguida al lazo en que debía de caer.

Había escrito al Rey cartas en verso implorando su protección, que ya le había salvado otra vez, y no pudo resistir al deseo de vigilar por sí mismo la impresión de estas cartas.

Volvió, pues, secretamente á Lyon, pero sus enc-

migos acechaban la presa; y apoderándose de él, compareció ante la facultad de Teología de París, que le condenó como ateo relapso por párrafos de sus libros que protestó tres veces no haber escrito jamás, siendo sometido á tormento extraordinario *para enseñar á sus compañeros*, según dice la sentencia condenatoria; en seguida le ahorcaron y quemaron en la plaza Maubert, siendo reducidos á cenizas su cuerpo y sus libros, y confiscados sus bienes.

Solamente tenía treinta y siete años Dolet, y murió con tanto valor como había vivido, dejando en la indignencia á su esposa é hijo.

XXIII.

Dado estaba el impulso, y estas persecuciones solamente podían servir para ilustrar el nuevo invento sin detenerle una hora. Los mismos soberanos se honraron grabando é imprimiendo con sus manos los libros antiguos que se encontraban, cual si esta participación manual en la vulgarización de las obras maestras del genio les hiciese participar del genio mismo. El pensamiento fué rey y reinó sobre los reyes.

María de Médicis, esposa de Enrique IV, dibujaba é imprimía estampas para ediciones reales. Esta Reina regaló á Felipe de Champagne una figura de jóven grabada por su propia mano.

Luis XV en su juventud, convirtiendo el arte en curiosidad instructiva, imprimió en su propio palacio un *Tratado de geografía europea*.

Los grandes impresores de los siglos que sucedieron al de Gutenberg fueron al mismo tiempo artistas, sabios y escritores, que exhumaron la anti-

ciudad toda entera, la comentaron, la explicaron é interpretaron para las nuevas sociedades. La historia renació con la imprenta.

Desde Guttenberg hasta nuestros días han existido escuelas, tradiciones y generaciones de impresores célebres, como existieron escuelas de pintores, escultores y filósofos.

Los tipógrafos, honrados á justo título con el nombre de compositores, participaron de la gloria que sus ediciones de los autores griegos y latinos restituían á los poetas, historiadores y oradores del mundo antiguo; formaron parte, por decirlo así, de la familia de aquellos hombres de genio, y constituyeron poderes sucesivamente honrados, temidos, recompensados ó perseguidos por los gobiernos según que estos gobiernos eran hijos de la luz ó de las tinieblas.

Las impresiones de los Alde, de los Morel, de los Turnebe, de los Elzevir, naturalizaron estos nombres de la tipografía en el universo sabio por la limpieza de los caracteres, por la corrección de los textos y por el número de obras con que enriquecieron las bibliotecas.

La familia de los Etienne ocupó durante siglo y medio en París el pináculo del arte. Protegiéndoles los reyes, y principalmente Francisco I; perseguidos por la Universidad, guardadora tan celosa de sus ignorancias, como de sus verdades; aprisionada por la Iglesia por una edición de la Biblia acusada de contener errores; refugiados en Ginebra y encarcelados otra vez en aquella metrópoli del calvinismo por impresiones que atacaban á la Reforma; llamados de nuevo á Francia; desterrados otra vez, trasladando sucesivamente sus prensas de Ginebra á París y de París á Ginebra, la historia de esta familia de im-

presores, dice M. Didot, es la del espíritu humano durante el Renacimiento.

Pero, durante estos cinco siglos, los procedimientos y las máquinas no hacen progresar ménos á la imprenta que las ciencias á las letras.

El arte tiene en los Bedoni de Parma y en los Didot de Paris, Fidias que esculpen en cierta manera para los ojos la forma material del pensamiento en caracteres y adornos de lujo.

Un Didot inventa en 1733 la prensa de un solo golpe; otro canta en un poema los progresos de su arte, y él mismo imprime su canto.

El tercero trae de Inglaterra la prensa de metal de lord Stanhope y la cilíndrica, que cual generación perpétua de caracteres, produce la palabra escrita en torrentes inagotables, como lava del espíritu humano, para los periódicos y las tribunas.

El cuarto, en fin, Ambrosio Fermin Didot, escribe é imprime en nuestros días, bajo el modesto título de *Ensayos sobre la tipografía*, la historia más erudita y completa del arte, del que á la vez es maestro é historiador.

La instrucción elemental de las masas da ilimitados consumidores á la palabra impresa, los ferrocarriles le abren camino, el vapor le presta alas, el telégrafo óptico le da señales; y, en fin, la reciente invención de la telegrafía eléctrica le comunica la instantaneidad del rayo. Con más verdad que en el célebre verso de Franklin: «*Eripuit celo fulmen,*» y dentro de algunos años, una palabra pronunciada y reproducida en cualquier punto del globo podrá iluminar ó incendiar el universo.

Perfeccionado el invento de Guttenberg, la palabra, por la materia, volverá á ser tan inmaterial como cuando era únicamente pensamiento; pero

este pensamiento habrá llegado á ser universal y brotará de una inteligencia ó de una voluntad humana.

El espíritu se turba de admiracion ante las consecuencias futuras de estos inventos y ante el próximo reinado de la idea por la palabra.

Gutenberg ha espiritualizado al mundo.

Por mucho tiempo fué desconocido su nombre; por mucho tiempo le disputaron su gloria, pero es necesario recordar que su objeto no era la gloria humana. Háblele colocado más alto. ¡Que goce de él!

Tal es la suerte de los inventores, así en espíritu como en materia: piérdese el nombre, pero el beneficio se encuentra con sus consecuencias en el fondo más oculto de las cosas humanas, y Dios sabe á quién se le debe. ¿Qué importa el olvido y la ingratitude de los hombres, si el Juez supremo se lo premia?

JACQUARD.

Primera condicion de la historia es la veracidad, y la segunda es la medida en la apreciacion de estima y gloria que atribuye á sus héroes. No queremos convertir en poema ó novela la humilde vida pasada delante de un telar y herramientas de carpintería empleadas durante sesenta años en perfeccionar el paso de las lanzaderas entre la trama, y el juego de las poleas entre cuatro piés derechos; no queremos tampoco dar el nombre de grande hombre al pobre obrero en seda, sencillo, bueno y útil, sin más horizonte que el de su profesion, sin otras luces que las de su lámpara; pensador, sin embargo, ingenioso, obstinado en el descubrimiento, perseverante en la invencion y dotado de instinto tan exclusivamente mecánico, que los talentos superiores que le oían hablar sobre asuntos distintos á los de su oficio, se marchaban diciendo:

«Aquí no hay nada; esto es una máquina inventora de otra máquina.»

No pensamos de otra manera nosotros tampoco; no lo compararemos ni á Triptolemo, que inventa el arado alimentador de los hombres; ni á Platon-